

**ACADEMIA MEXICANA
DE LA HISTORIA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID**



DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL:

R. P. José Bravo Ugarte, S.J.

Sillón: 23

15 de diciembre de 1944

RESPUESTA DEL ACADÉMICO:

Toribio Esquivel Obregón

Carlos Pereyra el Historiador de la Hispanoamericanidad

Discurso de recepción del R. P. José Bravo Ugarte, S.J., leído el 15 de diciembre de 1944.

Señor Director de la Academia:

Señores Académicos:

Señoras y Señores:

Al ingresar en esta ilustre Corporación por el favor y la benevolencia de sus distinguidos miembros, lo que de corazón agradezco, he tomado como asunto de mi discurso la personalidad del gran académico desaparecido a quien me toca, en inesperado honor, sustituir.

D. Carlos Pereyra tiene, como historiador, una personalidad claramente distinta: es *el historiador de la hispanoamericanidad*, cuyo tema es la hispanoamericanidad y cuya filiación se halla en la hispanoamericanidad, de la que es miembro, representante y portavoz. Una hispanoamericanidad, que es España y América: España como procreadora de las Naciones de su América, y éstas como herederas de su cultura.

Estudiaremos en Pereyra: el hombre, su producción (desde el punto de vista bibliográfico) y su obra de historiador de la hispanoamericanidad.

* * *

Natural del Saltillo —donde nació el 3 de noviembre de 1871— aprendió las primeras letras de unas señoritas. Fue luego alumno de la Escuela Oficial número 1, del Colegio jesuítico de San Juan y del Ateneo Fuelle en su ciudad natal; y de la Escuela Nacional Preparatoria y de la de Jurisprudencia en la de México.

Recibido de abogado el 23 de marzo "de 1895¹, desempeñó en la Capital los cargos de Defensor de Oficio en el Distrito Federal y de Agente del Ministerio Público, y en el Saltillo el de Miembro de la Comisión y Calificadora de Hacienda del Estado. Es después catedrático de Historia Patria, Sociología y Lengua Nacional en la Escuela Nacional Preparatoria. Y desde 1909 hasta 1914,

¹ Expediente del Lic. Carlos Pereyra en el Archivo de la Universidad Nacional Autónoma.

diplomático, con una breve interrupción de noviembre de 1910 a enero de 1911— en la que es diputado. Como diplomático figura sucesivamente de segundo secretario de la Embajada de México en Washington y de primer secretario de ella; como Encargado de Negocios en la Legación Mexicana de Cuba y como Encargado de Negocios de nuestra Embajada en los Estados Unidos; de Subsecretario de Relaciones en el Gabinete huertiano y de Ministro Plenipotenciario de México en Bélgica y Holanda. Estudiante aún (1892), empieza su labor de periodista siendo uno de los fundadores de "El Pueblo Coahuilense", semanario de esta Capital que combatía la reelección del gobernador de Coahuila Garza Galán y que, habiendo sido suprimido, reapareció con el nombre de "El Pendón Coahuilense". En Monterrey dirige "El Espectador" y en esta ciudad de México colabora en "El Imparcial" y en "El Mundo Ilustrado". Aquí da a luz sus primeras obras históricas, las cuales constituyen su ocupación definitiva, cuando, inconforme con la situación que prevaleció en la República a partir de 1914, se retiró a Madrid en el otoño de 1915. En esa capital pasó los muchos años que aún vivió, hasta el 30 de junio de 1942, en que falleció cristianamente.²

La trayectoria de sus 70 años y medio de vida comprende, pues, descontada la infancia, tres porciones: una, los 19 años de estudiante (1876-95), de preparación; otra, también de 19 años (1895-1914), de tanteos, en los que el abogado, indeciso, es también funcionario público, profesor e historiógrafo, periodista o diplomático; y una tercera, de 27 años (1915-1942), la más larga y orientada firmemente a su destino, de Historiador.

Evidentemente, Pereyra pudo modificar la trayectoria de su vida y hacerla pasar en definitiva por la burocracia o la diplomacia, pues el presidente Carranza le ofreció puesto en la administración³, que Pereyra pudo aceptar o trocar por los diplomáticos; pero su carácter veraz, altivo y luchador prefirió la historiografía, en la que podía no sólo conservar, sino defender las convicciones que ya se había formado.

A ello le impulsaron sin duda también otras razones. Con idiosincracia de historiador y de polemista, que muestra ya en su primera obra histórica "De Barradas a Baudin. *Polémica historial*. México 1904", y situado en una época de transición, en la que México salía del porfirismo empujado por una revolución político-social, España perdía los últimos restos de su colonial Imperio y se empezaba a agitar interiormente para transformarse en República, y todo el Occidente era quicialmente sacudido por un movimiento que le desplazaba del liberalismo individualista hacia un multiforme sistema social: Pereyra, historiador, se vio ante un material plenamente histórico, el de una época que

² Véanse: "Nota Necrológica" sobre Pereyra, de D. Ignacio Rubio Mañé, en la *Revista de Hist. de América*, núm. 15 (dic. 1942); y "El historiador Carlos Pereyra" de D. Vito Alessio Robles en las *Memorias de la Acad. Mex. de las Hist.*, t. I, núm. 3 (jul.-sep. 1942).

³ Así lo asegura D. Vito Alessio Robles, quien lo supo del propio Pereyra.

había pasado: Pereyra, polemista, se encontró con una situación trascendental para lo futuro, cuyos errores, radicalismos y excesos de todo género —sobre o en el campo mexicano e hispanoamericano— no podía mirar con indiferencia.

Para estas fechas otros rasgos se habían ido fijando en su fisonomía. Del alumno y catedrático positivista de las escuelas oficiales mexicanas, le quedaba el espíritu positivo, registrador acucioso de hechos. En el ex-discípulo de los jesuitas habían renacido la facultad perceptora de lo espiritual como factor histórico y el amor a nuestro pasado, en el cuál estriba nuestra personalidad histórica nacional, según aquel exacto pensamiento de Belloc: "perder la memoria es perder la propia personalidad: así es para un pueblo perder la propia personalidad el ignorar, olvidar o falsificar su historia". Y, en fin, en el intelectual y en el diplomático mexicano se había asentado como convicción, la necesidad de destruir las grandes mentiras históricas —antiespañolas y antihispanoamericanas principalmente— que se habían adueñado de los libros y de los espíritus, conforme a la cínicamente realista observación de Thackeray con la queencabeza Pereyra uno de sus volúmenes: "Decís: magna est veritas et praevalebit. Vamos: las grandes mentiras son tan grandes como las grandes verdades, y prevalecen constantemente día tras día."

* * *

No todos estos rasgos subjetivos —propios de la madurez de Pereyra— se reflejan en todas sus obras, pues las del periodista empezaron a salir por 1892 y las del historiógrafo en 1904. Siendo por consiguiente 50 los años en que —con grandes interrupciones sin duda— escribió para la prensa, 38 los en que publica obras de historia y 27 a los que a ésta se dedica exclusivamente: no es extraño que su producción sea inmensa y comprenda la edición de 37 obras ajenas, la redacción o impresión de 85 obras propias y la publicación de innúmeros artículos en periódicos y revistas. Esos números de su bibliografía necesitan aclaraciones y reservas. Dejando totalmente los artículos que dio a luz en "El Pueblo Coahuilense" y en "El Pendón Coahuilense"; en "El Espectador", en "El Imparcial" y en "El Mundo Ilustrado", en "El Debate" de Madrid, en "El Universal" de México, en el "Diario de Yucatán" de Mérida y en las revistas madrileñas "El Escorial" y "Revista de Indias": recorreremos primero las obras que publicó Pereyra sin ser su autor y luego las que como tal lo tuvieron.

Ediciones de obras ajenas. De la "Biblioteca Mexicana de Historia" —Polis, México-, en la que D. Rafael Aguayo Spencer reeditó, adicionándolo con documentos inéditos, el "D. Vasco de Quiroga" de Moreno, Pereyra sólo tuvo la dirección nominal. Anotar prometió la "Historia de Méjico" y las "Disertaciones" de D. Lucas Alamán, pertenecientes a la colección "Grandes Autores Mexicanos" —Jus, México—; pero se ignora si pudo cumplir su promesa. Dirigió efectivamente la "Biblioteca Histórica Iberoamericana" —Madrid y Buenos Aires—, que, en cuanto sabemos, comprende 3

obras: el "Zumárraga" de Icazbalceta, el "Bernal Díaz" y la "Relación" de Portichuelo. Por último, seleccionó —según el Sr. Francisco Rubio— las 19 obras —en 32 tomos— con que se formó la colección "Los Grandes Viajes Clásicos", de Espasa-Calpe, e hizo el prólogo del "Bernal Díaz".

Colecciones de Documentos. Pereyra colaboró con D. Genaro García en la publicación de los cinco primeros tomos de "Documentos inéditos o muy raros para la Historia de México", impresos en esta Capital en 1905 y 6; y editó la colección llamada "Los Archivos Secretos de la Historia" —Editorial Aguilar, Madrid— que ha sacado dos tomos: Cartas confidenciales de la reina María Luisa y de D. Manuel Godoy" y "Correspondencia reservada e inédita del P. Francisco Rávago, confesor de Fernando VII".

Traducciones. Conocernos cinco de ellas "El Diario de Eva", "¿Ha muerto Shakespeare?" y "Narraciones humorísticas" de Mark Twain; "Picaresca sentimental" de O'Henry, y "Las tribulaciones de un joven indolente" de Stevenson: todas ellas editadas por la Biblioteca Nueva, de Madrid, y algunas, con la expresión del año: 1923.

Obras originales. Numerosas como son—tengo anotadas 86—: las mencionaré divididas en dos grandes grupos: impresas e inéditas, dejando consignado que las impresas como libros son por lo menos 33.

A la ciudad de México le corresponde la edición de las primicias del ingenio histórico pereyriano, que son 7 y salieron de 1904 a 1912: "De Barradas a Baudin. Polémica Historial." (1904), Juárez, discutido como dictador y estadista" (1904), "Juárez. Su Obra y su Tiempo" (1905-6), firmada por D. Justo Sierra, no siendo suyos sino el primero y último de los capítulos—, "La Doctrina Monroe: el destino manifiesto y el imperialismo" (s.f.), "Lecturas históricas mejicanas. La conquista del Ánauac" (s.f.), "Historia del Pueblo Mejicano" en dos volúmenes (s.f.) y "Patria" (1912).

Las 26 obras impresas restantes son el fruto maduro del historiador y constituyen, salvas tres concernientes a Rusia, su característica obra hispanoamericanista. Pueden clasificarse en dos grandes secciones: las relativas al Imperio Español y las referentes al imperialismo estadounidense en Hispanoamérica. En cada sección hay, a su vez, obras de gran síntesis y obras monográficas, enderezadas a la construcción de las primeras o simples amplificaciones de los temas de éstas.

Al Imperio Español se refieren: la "Historia de la América Española" en 8 volúmenes (Madrid 1920-2), que lo estudia panorámicamente, en su formación, existencia, desmembración y Naciones a que dio origen; "Las huellas de los conquistadores" (Madrid, Biblioteca Nueva), que biografía a los creadores del Imperio; y

"La Obra de España en que América" (Madrid, Biblioteca Nueva), que hace el balance de éste.

En torno de estas obras sintéticas se hallan las especializadas: "Descubrimiento y exploración del Nuevo Mundo" (Madrid, 1920), "La Conquista de las rutas oceánicas" (Madrid, Impr. de J. Pueyo), "Hernán Cortés y la epopeya de Anáhuac" (Madrid, Editorial América), "Hernán Cortés" (Madrid, 1931), "Francisco Pizarra y el tesoro de Atahualpa" (Madrid, Editorial América) "Monardes y el exotismo médico en el siglo XVI" (Madrid, 1936), y "Humboldt en América" (Madrid, Editorial América).

A la desmembración del Imperio Español y a las Naciones que de él se derivaron, corresponden muchas monografías: "Bolívar y Washington. Un paralelo imposible" (Madrid, Editorial América), "La juventud legendaria de Bolívar" (Madrid 1932), "El general Sucre" (Madrid, Editorial América), "Francisco Solano López y la guerra del Paraguay" (Madrid, Editorial América), "Rosas y Thiers. La diplomacia europea en el Río de la Plata (1838-50)" (Madrid, Editorial América), "La discusión: cuestiones públicas europeas y americanas" (Madrid, Editorial América) y "El pensamiento político de Alberdi" (Madrid, Editorial América).

La grande obra sintética de Pereyra sobre el imperialismo estadounidense es "El Mito de Monroe" en su edición de 1931, del que fueron preparación "La Constitución de los Estados Unidos, como instrumento de dominación plutocrática" (Madrid, Editorial América) y "Tejas. La primera desmembración de Méjico" (Madrid, Editorial América); y al que sirven de complemento "El crimen de Woodrow Wilson" (Madrid, 1917) y "El fetiche constitucional americano (Madrid, 1942).

Por último y como síntesis de toda su producción histórica, imprime Pereyra su "Breve Historia de América" (Madrid, 1930).

37 obras más figuran en la lista de las de D. Carlos, que no parece que se hayan quedado inéditas, pues no las mencionan ni aluden a ellas como tales, ni el propio Pereyra ni su señora viuda en las cartas a que luego nos referiremos. Tampoco es probable que se imprimieran como libros, pues nada saben de esos "libros" ni los librerios ni los bibliófilos de esta Capital. Por lo cual parece que fueron artículos que se imprimieron en diversas revistas. Dejaremos, pues, de mencionarlos aquí, pero los pondremos en la Bibliografía anexa a este discurso y los contaremos entre las obras pereyrianas por haberlos incluido su autor entre ellas.

Sobre las obras impresas de Pereyra es preciso hacer varias observaciones. Una de aquéllas v. gr. "La Constitución de los Estados Unidos, como instrumento de dominación plutocrática" se reedita con nombre distinto. —El fetiche constitucional

americano—, aunque adicionada, eso sí, para que quede puesta al día. Otra, reimpressa con el mismo nombre, resulta casi obra nueva, como pasa con "El Mito de Monroe" (s.f.)

De la Editorial América, comparado con "El Mito de Monroe" (1931) de la Editorial Aguilar. Otras, finalmente, son las diversas fases por las que llegó Pereyra a una de sus obras supremas: tales pueden considerarse "Lecturas históricas mejicanas. La Conquista de Anáhuac", "Hernán Cortés y la epopeya de Anáhuac" y "Hernán Cortés".

Es interesante, además consignar lo que el mismo Pereyra pensaba de algunas de sus obras. "...el tomo II y el III (de la Historia de la América Española) —escribe el 25 de marzo de 1930 a D. Jesús Guisa y Acevedo— impresos en Alemania, no fueron corregidos a mi satisfacción. De todos modos, yo encuentro muy defectuoso el tomo (III) de Méjico. Toda la obra lo es. Y al publicarse las completas, de las que llevo ya tres tomos, voy a rehacer el tomo de Méjico bajo el título de "Historia del Pueblo Mejicano", como verá Ud. en el prospecto. La materia irá tres veces ampliada. Ya está en la imprenta". No sabemos si la impresión llegó a hacerse.

Inéditos. El 14 de septiembre de 1943. Da. María Enriqueta Camarillo, Vda. de Pereyra, escribió al Sr. Guisa y Acevedo: "Tengo ya compaginados y ordenados muchísimos de esos papeles (que) Carlos dejó escritos y encuentro materia para varias obras tuyas. La mayoría de esas obras está formada por artículos recopilados. Hay temas internacionales, temas yankis, temas sociales, temas literarios y artísticos, etc, etc."

Aparte de eso, los editores han anunciado como "en prensa" 7 obras: "Pedro Valdivia", "Los Misioneros", "Las Instituciones de la España Imperial", "La geografía imaginaria del Nuevo Mundo", "El nombre de América", "Soldadesca y picaresca, (El aventurero español de los siglos XVI y XVII). Estudio y documentación de Carlos Pereyra" y "El prejuicio antiespañol.

Finalmente, sabemos de 8 más, que quedaron plenamente terminadas. Una, la "Historia de Coahuila", que escribió D. Carlos por 1908, corrió varias aventuras durante la Revolución, fue encontrada después incompleta y sus originales le fueron remitidos a su autor, quedando dos copias en México. Y otras 7, de las que habla Pereyra en sus cartas al Sr. Guisa y Acevedo. Estas son: "Méjico falsificado", "Poinsett", "La iniciación épica", "La marcha triunfal" y "El Ocaso" (de Bolívar), "Errores y engaños de la historia" y "Correspondencia de Vidaurri" ⁴

⁴ Para formar la bibliografía de D. Carlos Pereyra nos sirvió de base la que publicó el Sr. Rubio Mañé en el artículo citado en la nota núm. 2. Además, recabamos datos de los Sres. Porrúa, Francisco Rubio, Pedro Robredo, Aguayo Spencer y Guisa y Acevedo, el cual nos facilitó amablemente las cartas que le había escrito D. Carlos. Los señores Alfonso Reyes, Pedro Robredo y Artemio de Valle Arizpe, que poseen numerosas obras pereyrianas, nos permitieron verlas. A todos ellos, las más atentas gracias.

* * *

Para juzgar la extensa obra histórica de Pereyra, tomaremos como base sus principales obras: las que han sido consagradas por la aceptación pública, manifiesta en el rápido agotamiento de sus libros y en las reediciones y traducciones de éstos. Ellas son: "La Conquista de las rutas oceánicas", cuatro veces editada y traducida al francés; el "Hernán Cortés", tres veces impreso ; "Las huellas de los conquistadores" tres veces también dada a la estampa ; "La obra de España en América", que tiene tres ediciones en español y una en francés; "El Mito de Monroe", cuya segunda edición, de 1931, se había agotado para 1940; y la "Breve Historia de América", impresa dos veces en Madrid y una (fraudentemente) en Santiago de Chile.⁵

Esas obras impresas nos muestran en Pereyra un investigador diligentísimo e incansable, que realizó una tarea gigantesca, y un verdadero historiador, que construye una Historia y que al construirla, reivindica la verdad histórica hispanoamericana, falsificada por propios y extraños, y olvidada o desconocida por los mismos hispanoamericanos.

Inmensa la obra colonizadora de España, al abarcar nuevos mundos y dilatarse por más de tres siglos dejó una huella histórica inmensa también, como inmensos son los repertorios documentales de Sevilla y los de las principales ciudades de Hispanoamérica y Filipinas, e inmensa la cantidad de libros que sobre dicha obra de España se han escrito dentro y fuera del Mundo Hispanoamericano. A tan ingente material hay que añadir aún el correspondiente a la vida nacional de los países hispanos de América y al imperialismo estadounidense, pues también eso abarcan los libros de Pereyra. Este, naturalmente, no pudo ni siquiera recorrer todo ese material; pero tuvo el instinto del buen investigador que sabe buscar y seleccionar, y la asiduidad en un trabajo formidable de lectura y estudio —que absorbió su vida durante 27 años— necesaria para llegar a reunir los datos suficientes para su propósito, que encontró copiosos en las fuentes impresas, a las que se dedicó casi exclusivamente. La verdad hispanoamericana digámoslo con perdón de sus nunca desaparecidos paladines— se había perdido y Pereyra, investigador, se gloriaba ser su "descubridor". Aun cuando era polemista por inclinación natural —lo que él admitía, diciendo que ese era el pie de que cojeaba—, no emprendió su tarea "en defensa de causas, sino en descubrimiento de verdades".

Absolutamente indispensables como son la investigación y su compañera inseparable la crítica, no son ellas sin embargo la función historiográfica por excelencia. Recoger o, si se quiere, descubrir el material histórico, por valioso que sea, y depurarlo de lo falso, sólo constituye al erudito. El historiador propiamente tal empieza, cuando establece el valor histórico, absoluto o relativo de los hechos: sus semejanzas y desemejanzas, sus categorías, sus múltiples conexiones —ya de causa y efectos, ya de

⁵ Pereyra dice en sus cartas que fueron *tres* sus obras traducidas al francés: pero sólo conocemos las dos puestas en los núms. 9 y 16 de la lista de sus obras.

elementos antagónicos, afines o auxiliares—; cuando los organiza hasta obtener, en una verídica síntesis, la morfología propia y rediviva de un personaje, de un suceso o de una época; y cuando, finalmente, los juzga sobre su trascendencia e influjo — creador, acelerador retardatario— en el desarrollo histórico de una sociedad, de una cultura o de toda la humanidad.

Este último papel del historiógrafo —el juicio histórico— es excluido en teoría; por la mayor parte de los metodólogos modernos, conforme a sus principios de agnosticismo o de escepticismo;⁶ pero ni se observa en la práctica —pues todas las historias, aun las más apegadas a esa metodología, contienen juicios históricos, por lo menos implícitos ni admitirse, ya que, si de la moralidad de los hechos se trata, la moralidad pertenece al valor histórico de los mismos y debe, junto con éste, juzgarse; y si de su trascendencia, ésta no es otra cosa que el influjo, bueno o malo, de un hecho en muchos otros; bondad o malicia, que pertenece también a los hechos mismos y ha de justipreciarse a la par con ellos. Por consiguiente, el juicio histórico debe darse, pero tiene que ceñirse a normas objetivas, que son las que dan los mismos hechos con su valor histórico.

La síntesis histórica y su connatural corolario el juicio histórico son operaciones delicadas, ya que tienen por objeto no sólo los hechos históricos escuetos, sino lo que estos mismos hechos implican en sí y en sus relaciones y consecuencias. Síntesis y juicios históricos los hace Pereyra cuidadosamente, científicamente, apegándose con escrúpulo a los hechos, sobre todo si el tema no es contemporáneo. Y así, no le resulta vana ni la protesta que hace al imprimir "La obra de España en América", de que "su actitud es esencialmente crítica"; ni su intento en la "Breve Historia de América", de que "la información administrada con severa probidad sabrá dar ponderación a los juicios y solidez a los propósitos (de auto reivindicación hispanoamericana); ni su creencia, hablando de la segunda edición de "El Mito de Monroe", sobre que "revisado severamente el texto, sólo queda en sus páginas lo que puede justificarse dentro de la objetividad, pues una exposición como la que se pone a la vista de los lectores no merece confianza sino cuando han sido observadas todas las indicaciones del método histórico". En lo contemporáneo es donde Pereyra historiador es sobrepujado por Pereyra polemista, en un anhelo muy explicable de corregir y mejorar lo presente. En esta parte sus síntesis pueden encontrarse defectuosas y excesivos sus juicios, como tiene que acontecer a todo polemista que arremete con pasión y con una energía

⁶ El iniciador de esa tendencia fue Ranke, el cual en el prólogo de su "Ziff Kritik neuerer Geschichtsschreiber" (1824) dice: "se ha adjudicado a la Historia el oficio de juzgar lo pasado, de instruir a los contemporáneos, para provecho de los años venideros. El presente ensayo no lo sujeta a tan altos fines: sólo se propone referir cómo han pasado las cosas". D. Rafael Altanera, cuyo escepticismo es notorio, es de los más exagerados. Véase v.g. lo que asienta en su prólogo a la "Historia de la Revolución Francesa" de Thiers, pág. XII.

tan grande como puede, contra los males que aquejan a la Sociedad, pues — digámoslo en honor de Pereyra— sus miras no eran personalistas.

Bien logradas síntesis son la hermosa "Conquista de las rutas oceánicas" y la magistral "Las huellas de los conquistadores". La primera —como dice su mismo autor— encierra "en pequeño volumen todos los hechos indispensables para el conocimiento de la gran revolución geográfica preparada desde el siglo XIII y realizada en el XVI con la apertura definitiva de las rutas que España y Portugal descubrieron a través de los mares oceánicos". La segunda obra era de todavía más difícil ejecución, pues estaba expuesta a inventar un tipo de conquistador con caracteres imaginarios; mas Pereyra, con su perfecto dominio sobre los datos de la Historia, lo evitó haciendo presenciar al lector en su libro el desfile de los conquistadores.

Muy buenos son, en cuanto a síntesis y juicios, el libro acabado de mencionar, el "Hernán Cortés", "La obra de España en América", "El Mito de Monroe" y la "Breve Historia de América"; ésta, en aquellas de sus partes que vienen a ser como la fase más perfecta en la evolución de algunas monografías pereyrianas que allí quedaron incorporadas: estas son la Primera, Tercera, Cuarta, Quinta y Sexta Partes de la "Breve historia de América", en las que queda superado lo que les corresponde "La Obra de España en América". Esta conserva, sin embargo, como propio el excelente estudio comparativo entre la colonización española la anglosajona. "El Mito de Monroe" quedó incompleto y como un primer volumen, en el que aparecen el estudio del texto monroyano y el del primer período de sus aplicaciones, que llega hasta 1860: el segundo y tercero periodos iba a estudiarlos Pereyra en otro volumen, del que sólo nos queda, en cuanto sabemos, un magnífico resumen en interesantes páginas de la "Breve Historia de América".⁷

La parte floja de la obra pereyriana la encontramos en la historia nacional de Hispanoamérica, aunque no en toda ella, puesto que los magníficos estudios sobre el monroísmo son una de sus partes. Con relación a México, es extraño que entre tantas monografías de Pereyra sobre héroes de la Independencia, caudillos y dictadores hispanoamericanos, falten las de Hidalgo, Morelos, Iturbide, Santa Anna, que debían darse a conocer en todo el mundo hispánico. La actitud que por mucho tiempo guardó el, excluyendo de sus estudios y escritos temas puramente mexicanos, se explicaría, en parte, por la situación en que creía encontrarse respecto de los lectores mexicanos, de la que habla a D. Pedro Robredo en carta de 9 de febrero de 1936: "a la vez que me con venzo —le dice— de que un libro mío sobre Méjico no se venderá en Méjico". Esta equivocada opinión suya la modificó después, de manera que dejó inéditos libros de tan interesante título como el "Méjico falsificado", el "Poinsett" y otros, ya mencionados.

⁷"Mito de Monroe", 2ª edic. Pág. 406.

En los que dejó impresos, quedaron vestigios de la actitud a que nos referíamos, ya en pequeños olvidos de nombres y de fechas, en los que llama Miguel a D. Ignacio Allende ⁸, Ignacio a D. Nicolás Bravo ⁹ y de "25 de mayo de 1862"¹⁰ a la conocida ley juarista de 25 de enero de ese año; ya en puntos de mayor consideración. Cuenta v. gr. entre los declamadores contra "el odioso sistema colonial español" a Iturbide ¹¹, el cual, por el contrario, llamaba a ese sistema "la tutela de la nación más católica y piadosa, heroica y magnánima, que educó y engrandeció a la América Septentrional, formando esas ciudades opulentas, esos pueblos hermosos, esas provincias y reinos dilatados, que en la historia del universo van a ocupar un lugar muy distinguido"¹². Censura, por otra parte, a Santa Anna toda la campaña de Texas ¹³, siendo así que en todo lo que precedió a San Jacinto se portó Santa Anna heroica y brillantemente, levantando a pesar de enormes dificultades un buen ejército, llevándolo rápidamente a la campaña y restaurando el prestigio militar de la Nación con la deslumbrante acción del Álamo que dejó despavoridos a los antes insolentes colonos y filibusteros texanos, anulando prácticamente durante dos meses su resistencia. Sobre esa campaña de Texas de absurdo fin se extendió también una tesis auto denigratoria, iniciada por el general Filisola que no disparó un cartucho ni recogió un solo laurel en toda ella, y no destruida por el historiador que deshizo tantas otras.

Por último y acerca de toda la América Española asienta Pereyra que "la inestabilidad económica ha sido la causa de sus constantes trastornos"¹⁴. La inestabilidad económica fue más bien efecto de los trastornos como puede verse en el caso de México. Nuestros políticos del siglo XIX eran unos románticos enamorados de la libertad, que preferían la libertad a todo otro bien y que no concebían bien alguno que no incluyese la libertad en la forma y grado que deseaban: en ese fanatismo libertario, algunos llegaban al extremo de querer la anexión de México a los Estados Unidos, "porque –decían- así caminábamos a la perfecta libertad"¹⁵, mientras que muchos otros consideraban tiránico a cualquier gobierno que llegara a establecerse y lo derrocaban. Es elocuente lo que dice Zavala: "los gobernantes parecían pedir por favor los actos de obediencia debidos a las autoridades"¹⁶. Sólo a los cincuenta y tantos años de esa situación, que durante todos ellos no varió en el fondo, un gobernante, sin tener aún estabilidad económica, puso fin a los trastornos haciéndose obedecer.

Para esa su historia nacional de América utilizó Pereyra mucho de lo que contenía su antiguo bagaje literario e intelectual en el que conservaba ideas de los científicos y de

⁸ "Breve Historia de América", pág. 496 (edic. de 1930)

⁹ *Ib.*, pág. 649.

¹⁰ *Ib.*, pág. 691.

¹¹ "Las Huellas", pág. 319 (edic. de 1942)

¹² Preámb. Del Plan de Iguala.

¹³ "Tejas", pág. 79 y sig.

¹⁴ "La obra de España", pág. 326 (edic. de 1930)

¹⁵ "México durante su guerra con los Estados Unidos", t. III de la Colec. De G. García, pág. 263.

¹⁶ "Ensayo histórico", I 258 (edic. de 1918).

Bulnes, que necesitaban una revisión semejante a la que hizo en la historia de España en América.

En ésta, que es lo grande y sólido de la obra de Pereyra, se señala la hispanoamericanidad, caracterizada como doble reivindicación: reivindicación de la hispanoamericanidad como afirmación de personalidad de noble personalidad histórica de las Naciones que creó España en el Nuevo Mundo; y reivindicación de la hispanoamericanidad de su inconsciente sujeción al imperialismo monroísta.

A la acción común de reputados escritores extranjeros y de la tesis auto denigratoria, sostenida constantemente durante un siglo, se formó en Hispanoamérica el arraigado sentimiento de la inferioridad étnica, que viene a ser una disminución —si es que no negación— de la personalidad nacional.

Ya a los principios del siglo XIX advirtió Humboldt los orígenes de ese hecho: "Para los habitantes de las provincias remotas de América a Península es el centro de la civilización europea. No pasa lo mismo con los americanos que habitan en una capital. Si han leído obras de literatura francesa o inglesa, caen fácilmente en el defecto contrario: tienen de la metrópoli una idea más desfavorable que se tenía: de ella en Francia cuando las comunicaciones eran menos frecuentes entre España y el resto de Europa. Prefieren a los españoles los extranjeros procedentes de otros países y se abandonan a la creencia de que la cultura intelectual realiza progresos más rápidos en las colonias que en la Península" ¹⁷

A las obras de franceses e ingleses que leían los criollos de las capitales hispanoamericanas en los años en que fermentaba la idea de la independencia, siguieron hasta nuestros propios días muchas otras de mismo o análogo origen, forjando la leyenda negra antiespañola y antihispanoamericana. A ella han contribuido no sólo escritores de segundo orden, en los que pululan errores sobre España y América, sino los autores más notables en su línea, como Cunningham en su "Essay on Western Civilisation in its Economic Aspects" (Cambridge, 1910). ¹⁸

Paralelamente, los criollos, influidos por los escritores extranjeros confirmando a su vez a éstos en sus erróneos juicios sobre lo nuestro, esgrimieron como arma política en pro de la independencia, el carácter de la raza española, "cruel, rapaz e incompetente, que debía desaparecer de América, desespañolizándose los mismos hijos de los españoles". Bolívar fue un adalid de esa tendencia, dominado por un pesimismo extremo: "los españoles —afirma— se acabarán pronto; pero nosotros ¿cuándo? Semejantes a la corza herida,

¹⁷ "Ensayo político sobre el reinado de la N. España", t. II, pág. 121 (edic. de 1941).

¹⁸ Véase el Prólogo de "La Obra de España en América".

llevamos en nuestro seno la flecha, y ella nos dará la muerte porque nuestra propia sangre es nuestra ponzoña".¹⁹

Pereyra participó quizá alguna vez de los mismos sentimientos; o, por lo menos, no era de los admiradores de España. Sin embargo, estudiando, llegó a la posición contraria y se resolvió a trabajar por la verdad y por la raza. "La obra de España —dice en hermoso párrafo— fue colosal. Lo fue militarmente. Pero se muestra más grande aún en el orden económico y en el orden moral. Todo ello aparece aquí sin el propósito de señalarlo francamente para despertar sentimientos de admiración. Pero como esos sentimientos no existían en el autor antes de comenzar sus estudios, y como le fueron sugeridos por vía tan indirecta que muchos de ellos nacieron revisando afirmaciones antiespañolas de historiadores a quienes consideraba en posesión de la verdad, tienen toda la desinteresada pureza de su origen intelectual".¹⁹

Esbozando el gran cuadro trazado por Pereyra, diremos que la obra de España comprende la revelación de un mundo nuevo, la integración de la geografía, de la ciencia y de la historia, convirtiéndolas de fragmentarias en universales; la unión de los Continentes mediante las rutas que descubre en los Océanos, y la incorporación del Nuevo en el Antiguo a base de la evangelización cristiana, de la civilización occidental y de la fusión de razas. Sin miras egoístas, España no se extiende simplemente a Ultramar para su propio provecho, expulsando y destruyendo a los indígenas y explotando las riquezas vírgenes con trabajo blanco o negro, sino que agota por de pronto sus fuerzas en una procreación cultural, espiritual y racial, que dan a su misión un rango no igualado en sus colosales dimensiones ni por su noble hermana de la Península Ibérica.

Admirable como fue la obra de España, caen por su base la tesis extranjera antiespañola y la tesis auto denigratoria; ésta, con mayor razón, pues la obra de España tiene mucho de hispanoamericana y puede llamarse hispanoamericana.

Pereyra es tal vez el primero en poner de relieve en aquélla el rasgo hispanoamericano. "Las conquistas de América —observa— se consumaron por hombres de España, pero que todo lo aprendieron en América.

Las expediciones más brillantes que salieron de la Península, fueron fracasos. De sus desengaños y de su dispersión surgieron los jefes, capitanes y adalides que por sí mismos hicieron las distintas fundaciones. Así Cortés pudo escribir a Carlos V que todas sus empresas se habían concluido "sin ser ayudado cosa alguna, antes muy estorbado". Vasco Núñez de Balboa pasó de las Antillas al Istmo escondiéndose en una embarcación. Ojeda, Pizarro, Almagro, Valdivia, Martínez de Irala, Soto, Benalcázar y Jiménez de Quesada, en América arbitraron los recursos que les permitieron hacer travesías marítimas y

¹⁹ Citado por Pereyra en "El Mito de Monroe" pág. 31z.

continentales, guerras y fundaciones. El pan cazabe, el maíz y los cerdos y los caballos de las estancias antillanas e ístmicas, formaron la base económica de las conquistas. Buenos Aires nació de una generación de esfuerzos paraguayos. El Perú fue descubierto y conquistado desde Panamá, y las poblaciones chilenas de Valdivia se reconocen como hijas del Perú. El interior del Río de la Plata recibió fecundas corrientes paraguayas, peruanas y chilenas. El indio proporcionó las tropas de todas las expediciones. "¿Cómo no pueden ser americanos aquellos hombres?"

"Cortés cumplió los veinte años en la isla Española, y cuando salió de Cuba para ir a Méjico, ya nada le quedaba de la patria de origen, sino el afecto a sus padres. Pedro Cieza de León era un niño de trece años cuando empezó los estudios en la Universidad Libre del Atlántico, que habría de doctorarle entre los grandes geógrafos. Lo mismo Juan de Castellanos, tan americano, que todo el mundo lo creía neogranadino, y que fue una sorpresa histórica el descubrimiento de que había nacido en Alanís. Herrando de Soto y Sebastián de Benalcázar eran adolescentes cuando se embarcaron para el Nuevo Mundo. Bernal Díaz del Castillo, como Cortés, cumplió los veinte años en tierras intertropicales. Si Jiménez de Quesada pasaba de los treinta y cinco y llevaba un título de letrado al alistarse en la armada que organizó Pedro Fernández de Lugo, esto no constituye una excepción, pues Jiménez de Quesada tuvo que utilizar la experiencia de los que le habían precedido en América y olvidar todo lo que había aprendido en las aulas y tribunales para dar los primeros pasos de su portentosa carrera. Álvaro Núñez Cabeza de Vaca pertenecía a la misma casta profesional que Jiménez de Quesada, pero llevaba en la sangre los impulsos de su abuelo Pedro de Vera, conquistador de la Gran Canaria, pórtico del mundo americano. Domingo Martínez de Irala era ya un hombre macizo cuando se lanzó a las conquistas que le dieron un nombre ilustre, y Pedro de Valdivia poseía la experiencia de gran soldado a la europea. Pero uno y otro eliminaron todo lo que en su formación fuera incompatible con las nuevas condiciones. Martínez de Irala es un paraguayo tan completo como Solano López, y Valdivia chileno de pies a cabeza. Aun los que llegaban viejos, como Pedrarias Dávila y el Demonio de los Andes, se adherían a la tierra para impregnarse de sus jugos enloquecedores. No querían otra vida ni otra muerte.

"Descubridores, navieros, comerciantes, agricultores, ganaderos, eran en América todo lo que no habían sido ni hubieran tenido esperanza de ser en España, por falta de ocasión y de espacio. La patria estaba en América, agigantada, magnífica, tentadora. Estaba tanto más íntegramente contenida allí, cuanto que, existiendo la vinculación espiritual y la política entre los dos mundos, los creadores del Nuevo no cortaban lazos de lealtad. Pero formaban otra corriente, de una amplitud y fuerza que no pudo confundirse nunca con la metropolitana. La independencia nació con la conquista. Y es de notar que tuvo expresión en una literatura de valor universal, como los hechos mismos que narra Cortés con sus "Cartas de Relación" y Bernal Díaz del Castillo con su "Verdadera Historia"— no presentan sólo el testimonio de grandes

hechos reflejados por un arte espontáneo. Debemos ver en ellos la fe de bautismo de una patria".²⁰

Estas páginas de legítima gloria hispanoamericana y otros textos pereyrianos que podrían aducirse o completarse, señalando hechos todavía más hispanoamericanos de conquistadores espirituales y temporales, y de prohombres de las letras y de las ciencias, nacidos en América, tienden naturalmente a destruir el injustificado sentimiento de inferioridad racial, y aun hay el peligro de que una reacción lo convierta en excesos de vanagloria, pero —como dice el historiador de la hispanoamericanidad en su anteriormente citada frase— "la información administrada con severa probidad sabrá dar ponderación a los juicios y solidez a los propósitos".

Otro asunto apremia la pluma reivindicadora de Pereyra, porque abate la personalidad hispanoamericana : el monroísmo.

Pereyra lamenta que los pueblos hispanoamericanos, entregándose a una furiosa autodenigración, hayan desconocido su experiencia secular, muy valiosa, pues durante el régimen colonial habían tenido una actividad autónoma suficiente para capacitarlos; que hayan desdeñado la riqueza institucional de que eran herederos y que se hayan dedicado a la imitación de la obra norteamericana, adoptando el texto constitucional de los 'Estados Unidos "con un fetichismo sin otro paralelo que el desprecio lo propio".

Mas sobre todo insurge contra la pretensión absorbente de los escritores angloamericanos que hacen la propaganda imperialista, y se propone conseguir el que la Juventud Hispanoamericana conozca en toda su verdad objetiva la lucha de razas que se libra en América. Tal es la razón de la serie de libros —ya mencionados— que tienen su culminación en "El Mito de Monroe".

Una interpretación sentimental e inhistórica hizo ver a las naciones hispanoamericanas en el célebre Mensaje del presidente Monroe (2 dic. 1823) "el Evangelio de su liberación", que les trajo tres preciosos dones: la salvación del peligro de la Santa Alianza, la promesa de una protección constante contra Europa y la conservación de su existencia como Naciones.

Pereyra demuestra que el peligro de la Santa Alianza no existía ya el 2 de diciembre de 1823, pues lo había conjurado el ministro inglés Canning mediante el protocolo que el 9 de octubre anterior firmara con el ministro francés Príncipe de Polignac; que la promesa protectoral que desmentida insistentemente por los Estados Unidos al manifestar a los otros países Americanos, que las palabras de Monroe eran sólo la presión de una política nacional, cuya aplicación incumbía únicamente al gobierno de los Estados Unidos y, por último, que la conservación de las naciones' de la América Española no ha

²⁰ "Hernán Cortés", págs. 281-3, (Colección Austral).

significado ni su integral, víctima del "Destino Manifiesto", ni su soberanía, desaparecida con sus intervenciones, los protectorados y la influencia del país que se ha declarado "Soberano de este Continente".

Los tres inexistentes dones de Monroe son, pues, los componentes del Mito. Un internacionalista español pensionado en los Estados Unidos, ha pretendido explicar el éxito hispanoamericano de la Doctrina Monroe hallándole profundas raíces españolas, que la convertirían en la expresión de un sentimiento racial de la América Hispana. Dichas raíces son, según él; las tesis de Victoria en sus "Relecciones de Indis et de Jure Belli" (1532), que podrían considerarse como el primer enunciado de la "no colonización de América"; y la inalienabilidad de esta misma América; que decretaron Carlos V en 1519, Felipe II en 1563 y Carlos II en 1681. A éstas, un comentarista de Barcia Trelles añade otra: la bula "Inter caetera" (4 de mayo de 1493) de Alejandro VI, que excluyó de los territorios "asignados a los españoles a todos los príncipes europeos que no fuesen hispanos."²¹

Ingenioso como es el hallazgo de estas analogías entre el monroísmo y el hispanismo, carece sin embargo de verdad. Efectivamente, Vitoria en vez de afirmar una "peculiaridad americana" y un "sistema americano" que excluyan la colonización de América, funda su aserto en que no existe peculiaridad americana alguna, puesto que los indios, siendo hombres exactamente como los europeos, tienen sus plenos derechos humanos, exactamente idénticos a los de éstos. Carlos V, Felipe II y Carlos II tampoco establecieron sistema americano alguno, sino por el contrario el hispanoamericano, pues mandaron que "en ningún tiempo pudieran sus posesiones de América ser separadas de su real corona de Castilla". Y Alejandro VI ni se refirió exclusivamente a América, ya que con su célebre línea divisoria asignó a España también regiones de Asia y Oceanía; ni se movió por razones americanas, sino europeas o, por mejor decir, universales y cristianas.

Por consiguiente está en lo justo Pereyra al señalar un origen pluralmente nórdico a la Doctrina de Monroe.

* * *

Concluamos. Pereyra, el historiador de la hispanoamericanidad, nos entrega renovadas las páginas gloriosas de nuestra historia, que habían sido olvidadas o falsificadas; más aún, nos devuelve la fe en nuestra, raza, que no ha de quedarse estacionada en la contemplación estéril de pretéritas hazañas, sino lanzarse con su característico idealismo a la conquista de los adelantos materiales hechos por otros

²¹ Véase: Barcia Trelles, "Doctrina de Monroe y Cooperación Internacional" (Madrid 1931), y Antonio Gómez Robledo. "Etopeya del Monroísmo", publicada en la Rev. TUS, núms. 16, 19, 20.

pueblos, para superarlos, comunicándoles los valores espirituales, de los que se precia haber sido siempre portadora.²²

Dije.

OBRAS DE DON CARLOS PEREYRA

I.- ORIGINALES IMPRESAS.

- 1.—De Barradas a Baudin. Polémica historial.—México 1904.
- 2.—Juárez discutido como dictador y estadista.—México 1904.
- 3.—Juárez. Su obra y su tiempo.—México 1905-6.
- 4.—La Doctrina Monroe: el destino manifiesto y el imperialismo.—México, s. f. (1908).
- 5.—Lecturas históricas mejicanas. La conquista del Anáhuac.—México, s. f.
- 6.—Historia del Pueblo Mejicano. 2 vols.—México, s. f.
- 7.—Patria.—México, 1912.
- 8.—Descubrimiento y exploración del Nuevo Mundo.—Madrid, 1920.
- 9.—La conquista de las rutas oceánicas.—Madrid 1923, 1929, 1940; Buenos Aires, s. f. (Editorial Virtus).—Trad. francesa, París, 1925.
- 10.—Hernán Cortés y la epopeya de Anáhuac.—Madrid, Editorial América, s. f.
- 11.—Hernán Cortés.—Madrid 1931; Buenos Aires, 1941, 1942.
- 12.—Francisco Pizarro y el tesoro de Atahualpa.—Madrid, Editorial América, s. f.
- 13.—Las huellas de los conquistadores.—Madrid, Biblioteca Nueva, s. f. ; Madrid, 1929, 1942.
- 14.—Humboldt en América.—Madrid, Editorial América, s. f.
- 15.—Monardes y el exotismo médico en el siglo XVI.—Madrid, 1936.
- 16.—La obra de España en América.—Madrid, Biblioteca Nueva; Madrid, 1930, 1942.—Traduc. francesa, París. 1925.
- 17.—Bolívar y Washington. Un paralelo imposible.—Madrid, s. f.
- 18.—La juventud legendaria de Bolívar.—Madrid, 1932.
- 19.—El general Sucre, Madrid, Editorial América.
- 20.—Francisco Solano López y la guerra del Paraguay.—Madrid, 1919.
- 21.—Rosas y Thiers. La diplomacia europea en el Río de la Plata (1838-50).—Madrid, 1919.
- 22.—La discusión: cuestiones públicas europeas y americanas.—Madrid, 1918.
- 23.—El pensamiento político de Alberdi.—Madrid, s. f.
- 24.—La Constitución de los Estados Unidos, como instrumento de dominación plutocrática.—Madrid, Editorial América.
- 25.—El fetiche constitucional americano.—Madrid, 1942.

²² Sobre Pereyra pueden verse, además de los artículos citados en la nota núm. 2, los que publicaron la revista "Lectura" (15 jul. 1942) y la "Revista de Indias" núms. 9 (jul.-sep. 1942) y 12 (abr.-jun. 1943); el prólogo de D. Manuel González Ramírez a "Carlos Pereyra. Antología de sus obras" (México, Impr. Universitaria, 1944); los "Ensayos de Crítica Histórica" (México, 1939) de D. Luis Chávez Orozco; y los "Juicios Históricos" (Río Janeiro, 1921) de D. Diego Carbonell.

- 26.—Tejas. La primera desmembración de Méjico.—Madrid, Editorial América.
- 27.—El crimen de Woodrow Wilson. Su contubernio con Villa. Sus atentados en Santo Domingo. Su régimen corruptor en Nicaragua. Los dos polos de la diplomacia yanqui: la hipocresía y el miedo.—Madrid, 1917.
- 28.—El mito de Monroe.—Madrid, Editorial América ; Madrid, 1931.
- 29.—Historia de la América Española. 8 vols.—Madrid, 1920-25.
- 30.—Breve Historia de América.—Madrid, 1930, 1941; Santiago de Chile, 1938.
- 31.—La disolución de Rusia.—Madrid, 1917.
- 32.—La Tercera Internacional.—Madrid, 1920.
- 33.—La Tercera Internacional Comunista de Moscú.—Santiago de Chile.

II.—ORIGINALES DE IMPRESION DUDOSA.

- 34.—Historia del Pueblo Mejicano. ("Ya en la imprenta", escribe Pereyra a D. Jesús Guisa y Acevedo, el 25 de marzo de 1930. Añade que es una reedición del t. III de la Historia de la América Española, con "tres veces la materia de ésta").

III.—ORIGINALES INÉDITAS Y TERMINADAS.

- 35.—Méjico falsificado.
- 36.—Poinsett.
- 37.—La iniciación épica (de Bolívar).
- 38.—La marcha triunfal (del mismo).
- 39.—El ocaso (del mismo).
- 40.—Errores y engaños de la Historia.
- 41.— Correspondencia de Vidaurri.
- 42.—Historia de Coahuila (no mencionada en las cartas del autor que hemos visto, pero bien conocida).

IV.—INEDITAS Y ANUNCIADAS "EN PRENSA".

- 43.—Pedro Valdivia.
- 44.—Los Misioneros.
- 45.—Las Instituciones de la España Imperial.
- 46.—La Geografía imaginaria del Nuevo Mundo.
- 47.—El nombre de América.
- 48.—Soldadesca y picaresca (El aventurero español de los siglos. XVI y XVII). Estudio y documentación de Carlos Pereyra.
- 49.—El prejuicio antiespañol.

V.—EN LA LISTA DE SUS OBRAS, según aparece al reverso del forro de algunos de sus libros.

- 50.—La cuna de Colón.
- 51.—La vida temeraria de Hernán Cortés.
- 52.—El primer oro peruano.
- 53.—Apostólicos Varones (¿ "La misma que los Misioneros"?).
- 54.—Las exploraciones científicas.

- 55.—Jorge Juan.
- 56.—Ulloa.
- 57.—Boussingault.
- 58.—Agassiz.
- 59.—Wied-Neuwied.
- 60.—Azara.
- 61.—Los grandes americanistas españoles.
- 62.—Los virreyes.
- 63.—Humboldt.
- 64.—Miranda, Bolívar y Sucre.
- 65.—Dictadores y caudillos.
- 66.—Rosas.
- 67.—Portales.
- 68.—El Dr. Francia
- 69.—Páez.
- 70.—Castilla.
- 71.—Melgarejo.
- 72.—García Moreno.
- 73.—Guzmán Blanco.
- 74.—Nuez.
- 75.—Rafael Carrera.
- 76.—Juárez.
- 77.—Porfirio Díaz.
- 78.—Las polémicas de la guerra del Paraguay.
- 79.—Las constituciones iberoamericanas y las "Bases" de Alberdi.
- 80.—La independencia de los Estados Unidos y su organización política.
- 81.—Los Estados Unidos y las desmembraciones territoriales de Méjico.
- 82.—Un siglo de intervenciones en la vida mejicana (De Monroe a Coolidge).
- 83.—El Panamericanismo.
- 84.—Biógrafos de Washington.
- 85.—Miscelánea histórica.
- 86.—Errores y engaños de la historia escolar.

VI.—TRADUCCIONES.

- 1.—Picaresca sentimental (La vida en los Estados Unidos. Novelas por O'Henry.—Madrid, 1923.
- 2.—El Diario de Eva. Por Mark Twain.—Madrid, 1923.
- 3.—Narraciones humorísticas. Por Mark Twain.—Madrid, s. f.
- 4.—¿Ha muerto Shakespeare? Sátiras por Mark Twain.—Madrid, 1923.
- 5.—Las tribulaciones de un joven indolente. Novela por R. L. Stevenson.—Madrid, s. f.

VII—COLECCIONES DE DOCUMENTOS.

- a) *Documentos inéditos o muy raros para la Historia de México (en colaboración con G. García).*

- 1.—Correspondencia secreta de los principales intervencionistas mexicanos.
- 2.—Antonio López de Santa Anna. Mi historia militar y política.
- 3.—México durante su guerra con los Estados Unidos.
- 4.—Correspondencia secreta de los principales intervencionistas mexicanos.
- 5.—La Inquisición en México. Documentos selectos tomados de su archivo secreto.

b) Los Archivos Secretos de la Historia (Ediciones de Aguilar, Madrid).

- 1.—Cartas confidenciales de la reina Maria Luisa y D. Manuel Godoy.
- 2.—Correspondencia reservada e inédita del P. Francisco Rávago, confesor de Fernando VII.

VIII.— EDICIONES DE OBRAS AJENAS.

a) Biblioteca Histórica Iberoamericana (Madrid y B. Aires).

- 1.—JOAQUIN GARCIA ICAZBALCETA: Biografía de D. Fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de Méjico.—Madrid, 1929.
- 2.—BERNAL DIAZ DEL CASTILLO: Descubrimiento y Conquista de Méjico.—Buenos Aires.
- 3.—DIEGO DE PORTICHUELO: Relación del viaje...

b) Biblioteca Mexicana de Historia (Editorial Polis, México).

- 1.—RAFAEL AGUAYO SPENCER: Don Vasco de Quiroga. Documentos, México, 1940.

c) Colección de Grandes Autores Mexicanos (Editorial Jus. México).

- 1.—LUCAS ALAMAN: Historia de Méjico.
- 2.—LUCAS ALAMAN: Disertaciones.

d) Los Grandes Viajes Clásicos (Espasa-Calpe).

19 obras en 32 tomos.

N.B.—En 1945 la Editorial Aguilar de Madrid ha publicado otra obra de Pereyra (Núm. 94 de la Colección Crisol), con el título "Quimeras y Verdades de la Historia", la cual parece que corresponde a las citadas en la lista anterior bajo los números 85 y 86, ya que es una "Miscelánea Histórica" y tiene entre sus capítulos uno llamado "Errores y prejuicios de la Historia Escolar".

El Destino de México

Contestación al discurso anterior por el Lic. D. Toribio Esquivel Obregón.

Carlos Pereyra fue honra de esta Academia que veía en él al gran paladín de la verdad y con ello el gran paladín de nuestra raza hispanoamericana; al gran enemigo de los mitos con lo cual resultaba desenmascarando a los falsos ídolos a que hemos tributado culto degradándonos, al voltear la espalda a la verdad vivificadora que teníamos en casa.

En la realización de su obra Pereyra puso no sólo constancia inquebrantable, admirable laboriosidad y fe en la justicia, sino su temple de hierro. Y así resultan los personajes de su historia con recias musculaturas, con profundidad en la expresión, con alto simbolismo. La obra histórica de Pereyra recuerda la obra artística de Miguel Ángel; como éste no cuida de veladuras ni medias tintas, ni quizá a veces detalles del dibujo; con un golpe de cincel o de brocha pone el toque de luz o sumerge en la sombra.

Las figuras de Hernán Cortés, de Francisco Pizarro, de Jiménez Quesada y de otros centenares de héroes hispanos trazados por Pereyra traen a la imaginación el Moisés de Miguel Ángel y los frescos de la Capilla Sixtina.

Por eso al recibirse en esta Academia la noticia de la muerte de Pereyra hubo algo así como una descarga eléctrica que ensordece y desconcierta.

Quedaba un sillón vacío y había que llenarlo. Se pensó luego en el señor Presbítero don José Bravo Ugarte.

Parece extraño que para sucesor de un historiador de larga carrera de aquilatados méritos, consagrado ya por la fama internacional, se pensara en un joven que hacía sus primeras armas en el campo de la historia. Pero hay entre ellos un paralelismo que es todo un auspicio.

Obra de Juventud de Pereyra, había sido su “Historia del Pueblo Mexicano”.

Obra de Juventud de Bravo Ugarte es su “Historia de México”. Si juzgamos de esas dos obras iniciales para sacar un pronóstico, estoy seguro de que todos mis colegas concurrirán conmigo en la creencia de que el sillón de Pereyra ha sido dignamente ocupado, y de que al andar de los años la obra del recién venido será tan abundante, tan benéfica y tan honrosa como la de su predecesor.

Con una ventaja grandísima para el nuevo académico; que no tendrá la difícil doble tarea que Pereyra, que todos los de su tiempo tuvimos: de comenzar por desprendernos de los prejuicios y errores de la escuela, tarea difícil porque requiere un acontecimiento en nuestra propia vida que prepare primero el ánimo para la rectificación y luego empezar de nuevo la formación de nuestro espíritu. El mismo Bravo Ugarte nos ha dicho que Pereyra, a pesar de su fortaleza intelectual, no acabó de desprenderse de algunos errores de su medio.

Pereyra perteneció a una época en que la rectificación se tenía que hacer no sólo sin maestros, sino contra los maestros; época que por fortuna se ve ya lejana, pues, sin que el error se haya dado por vencido, sino que parece con nuevos arrestos, por lo menos ahora ya tiene que luchar en un campo que antes fue casi enteramente suyo.

Hay ahora una sección cada vez más amplia de la juventud que sale de las aulas dudando del texto y deseosa de investigación personal, y en esa juventud, ya no carente de maestros, hay una tendencia a abordar el estudio de las cosas desde un punto de vista histórico nacional: esto ha producido ya parciales pero importantísimas aportaciones, a la vez que proyectando las luces desde diversos ángulos, va tomando figura más bien perfilada y colorida de nuestra vida social.

Pero es altamente interesante notar la graduación por la que fue pasando el espíritu de Pereyra. Comenzó por escribir la historia de México. Era natural; sintió antes que nada el acoso de la gran interrogación para su propia patria. Luego llevando de la mano por la dialéctica de las cosas, se dirigió a los orígenes, cruzó el Atlántico hasta las cosas Españolas; para volver de allí acompañado de los descubridores de las rutas oceánicas, a la obra de España en toda América. México comienza así a verse como parte de un todo mayor; y luego entra en contacto con los Estados Unidos: el monroísmo y el constitucionalismo reciben el impacto de su análisis valeroso; y luego aborda Pereyra a Rusia y no sabemos si su obra inédita se referirá a otros pueblos, pero es indudable que, de eslabón en eslabón, la misma dialéctica lo habría llevado a la historia general. Todo porque México siguió siendo la obsesión de su vida. Es decir que lo que significa la labor de nuestro desaparecido colega, es que la verdad respecto de México no se puede encontrar si hemos de quedarnos siempre dentro de México mismo, y que sólo podremos alcanzar aquélla si engarzamos a nuestro país dentro del movimiento evolutivo del mundo, y realizando en él la parte que le asigne su propio destino.

Porque si no tiene, si no hay en él finalidad, si es mero apéndice auxiliar de otro, entonces la historia de México no será más que una obra de arte en que el narrador tendrá que cuidar sólo de describir el cuadro apasionante de acontecimientos sin más finalidad que la que pudiera tener una obra de ficción.

Pero si reconocemos que México tiene un destino se nos imponen estas 3 preguntas: 1ª ¿Cuál es ese destino? 2ª ¿Hasta el momento actual México se manifiesta a la altura de su destino? 3ª ¿Podrá finalmente realizarlo? Contestar esas preguntas, he allí la alta función de nuestra Historia.

La historia de México abordada con este plan adquiere altura y orientación y servirá para trazarnos con certeza científica una política a la vez nacional e internacional y nos dará un criterio para apreciar justamente nuestros valores humanos; serán aquellos que nos ayuden a cumplir con honor nuestro destino.

Para contestar la primera pregunta si México tiene un destino que cumplir como pueblo y una responsabilidad ante la cultura humana por su desempeño, deben hacerse algunas observaciones previas.

Debe advertirse desde luego que no se conoce hasta ahora un pueblo que haya desempeñado papel importante en la historia, que no haya sido guiado por una fuerza espiritual superior a los sentimientos de propia conservación de sus individuos y que los hace ofrendar su vida por algo que en su creencia, vale más que la vida misma. Esta fuerza social de lo trascendente es una religión; algo que nos da la finalidad suprema de la conducta y que abarca toda nuestra actitud ante el mundo, ante nuestros semejantes y ante nosotros mismos. Algo que rodea al individuo todo y que constituye uno de sus grandes motores.

No hay para qué discutir si, como quieren algunos, la religión de cada pueblo es producto del concepto que su raza forma del universo, si por el contrario, el concepto del universo es en cada pueblo producto de su religión. Bástanos dejar consignada la estrecha unión entre la religión, el concepto del universo y la conducta de los hombres.

Hay a ese respecto dos hechos unánimemente aceptados por los historiadores; primero que antes del siglo XVI los pueblos cristianos formaban una unidad espiritual que, si no garantizaba entre ellos la paz, porque hasta ahora han sido inútiles los medios y procedimientos para lograrla, disminuía las causas de la guerra y limitaba sus males con las costumbres caballerizas y la tregua de Dios; y segundo: que a partir del siglo XVI se rompió esa unidad y el mundo cristiano quedó profundamente dividido en dos partes el católico y el protestante.

Y de ninguna manera debemos creer que esta separación en punto de doctrina agotaba sus consecuencias en el dominio de lo religioso, sino que ella vino a marcar una actitud de intransigencia y de agresividad por una parte que hace absolutamente imposible toda conciliación.

Punto substancial de doctrina era el relativo a la conciliación de la predestinación con el libre arbitrio: el protestantismo, sostuvo decididamente la predestinación. Según él, hay hombres y hay pueblos elegidos por Dios a los cuales les incumbe la dominación y el gobierno de los abyectos, y como la predestinación es la negación de la libertad, el criterio de la buena o la mala conducta basado en la libertad, no puede servir para conocer a los elegidos, Dios los señala por la prosperidad en sus empresas y el éxito en sus negocios, con prescindencia de si los medios empleados son malos o buenos.

Si al pueblo elegido le corresponde el gobierno del mundo se llega a una identidad de la doctrina protestante con la judía; parecen dos formas de la misma substancia.

Calvino que fue quien con más claridad y energía sostuvo esta tesis, modeló el puritanismo, que a su vez imprimió carácter a los pueblos anglosajones de aquende y de allende el Atlántico.

De esa doctrina podemos derivar varios efectos: la altivez del pueblo que se considera elegido: el fervor, ya no solamente mundano y crematístico, sino religioso, con que se emprenden los negocios; el espíritu expansionista ilimitado; el desprecio de los pueblos no elegidos, a los que hay que dominar e imponerles la forma única y universal de gobierno por ellos ideada y la irreconciliable actitud que exige el

reconocimiento de una superioridad impuesta por predestinación. La frase que hoy corre por los ámbitos del mundo de "rendición incondicional" no es así un accidente temporal.

En contraposición con este concepto de la vida se encuentra la doctrina católica, según la cual, por muchas que hayan sido las controversias y divergencias que han dividido a los grandes teólogos de la Iglesia, siempre resulta el reconocimiento de la libertad individual para aceptar o no los beneficios de la gracia, y de allí que dependa de cada uno mérito o reprobación de sus acciones; no hay predestinación, ni pueblo elegido ni pueblos abyectos, y la manera de distinguir a los hombres no es por el éxito en los negocios, más o menos contaminados de impurezas, sino por la bondad de sus actos para consigo mismos y para con los demás : por su caridad sin distingos de pueblos ni de razas. Un europeo, o un asiático, un africano o un indio son susceptibles del mismo valor humano, porque tienen la esencia de la libertad, y de la responsabilidad de sus actos.

La distinción en Europa entre pueblos protestantes y pueblos católicos estuvo, pues, lejos de ser bizantina; y España, Portugal, Italia, Francia, Austria, Bélgica, Polonia y parte de Alemania estuvieron de un lado y por el otro el resto de Alemania, los países escandinavos e Inglaterra, la cual desde luego asumió con espíritu práctico y libre de escrúpulos, la dirección, de su partido.

Pero si en Europa fue marcada la división, mayor lo fue en América. Aquí desde la Alta California, Nuevo México y Texas, hasta la Patagonia, el misionero va tras del indio para cristianizarlo y elevarlo, y con el misionero va el presidio o puesto avanzado del Estado para significar la identidad del propósito espiritual y temporal. De este lado el indio sobrevive y aprende las artes, la ganadería y la agricultura, se fundan para él, escuelas, e instituciones de crédito y de beneficencia, y la religión junta a indios y a españoles en un culto religioso que al mismo tiempo eleva el alma y hace apacible y alegre la vida.

Del otro lado el hombre no se da descanso en los negocios, la religión es sombría, el indio es buscado para matarlo, mientras maduran los planes para extenderse a costa de los reinos españoles, y llevar allí instituciones y negocios del pueblo predestinado.

La divergencia es absoluta: de un lado Hispanoamérica, del otro lado Anglomérica. De un lado el catolicismo esencia espiritual de libertad de la raza, hispánica del otro el protestantismo, la predestinación el "*destino manifiesto*", de este lado la convivencia del español y el indio, al otro lado el puritano con el rifle a cuestas para limpiar la selva de indeseados nativos; de este lado la vieja cultura humana, que niega el monopolio del espíritu por fines materiales y con un concepto total espiritual de la vida que viene de muy lejos, acopiando por siglos la espiritualidad humana del Egipto, de Grecia, de Roma, de cristianismo medieval,

—el tiempo es el devenir de todo lo humano, la prueba para la eternidad—; del otro el tiempo es dinero. De este lado el respeto al derecho de todos los pueblos, a su independencia y a constituirse como bien les plazca, del otro se estudian todas las oportunidades para extenderse a costa de los otros pueblos, e imponerles un mismo régimen político.

A México le toca estar en la frontera de Hispanoamérica. Un plenipotenciario de Estados Unidos en México, resumió inteligentemente nuestra situación. Según él hay dos fuerzas que luchan en América; la de la influencia angloamericana y la de la europea; es decir la española; y el campo donde debe librarse la batalla es México.

He allí claro, cortante y glorioso el Destino de México; somos los portaestandarte de la Hispanoamericanidad y de su esencia católica de la libertad contra la predestinación; de la igualdad humana contra la presunción de superioridad y el odio de razas; de la vida integral humana contra la vida del negocio.

¿Es honor para nosotros llevar ese estandarte?

Abandonarlo es renegar de nuestra historia y de nuestra raza.

Pero antes de seguir adelante debo dejar establecido por qué considero el catolicismo como esencia de la hispanoamericanidad. Podría citar declaraciones de algunos de nuestros más encarnizados enemigos que han sostenido que la religión católica es la más poderosa defensa de nuestra raza; mas prefiero referirme a hechos históricos que comprueban objetivamente la consubstancialidad de la raza española con aquella religión, como expresión del carácter libérrimo del ibero como una constante muchas veces secular.

Cuando en Europa se comenzó a divulgar el cristianismo fueron los reyes los que lo impusieron a sus pueblos. En España los reyes visigodos eran cristianos de la secta arriana y trabajaron tan cruel como inútilmente por imponer ese culto a los españoles, hasta que Recaredo, para poder gobernar en paz, tuvo que hacerse católico. Fue el pueblo el que impuso su religión a sus reyes.

Después los sarracenos invadieron toda la península; pero sin lograr como en todas las otras partes del mundo por ellos ocupadas, que el pueblo abarcara la religión de Mahoma. Ocho siglos duró la lucha hasta que los Reyes Católicos hubieron abatido la media luna del último de los baluartes en que brilló en suelo de España.

En toda la conquista de América, la pacificación de cada tribu no se terminaba hasta que no quedaba erigida la iglesia. La labor de las fuerzas anticatólicas que obraron sobre España y sobre los pueblos hispánicos durante todo el siglo pasado y lo que va del presente no ha hecho otra, cosa que imposibilitar la vida pacífica, empobrecer y debilitar a las naciones, y producir la hostilidad entre pueblos y gobiernos.

Si tal es nuestro destino, tócanos ahora saber si hemos sabido sostenernos con honor en la lid y cual sea el porvenir que debe esperarnos bajo ese signo.

Si; pero antes es necesario que las naciones de Hispanoamérica reconozcan que México, nación de frontera, está luchando por todas ellas, para que se solidaricen con nosotros no sólo por simpatía de parentesco, sino por deber de propia defensa.

Que reconozcan que México ha sido la Polonia de América, no sólo por la mutilación de su territorio, sino porque es México el que directamente recibe el impacto de las ideas destructoras de la hispanoamericanidad.

A pesar de todo y contra todas las apariencias podemos decir que el pueblo mexicano está firme en su puesto.

Tomaré por guía para demostrar este aserto la Historia de México, escrita por nuestro novísimo Colega y al hacerlo no me mueve la natural obligación de cortesía en esta solemnidad de referirme a ella, sino más altas consideraciones.

La tomo por guía, porque no conozco ninguna otra Historia de México, ni aun las mucho más voluminosas, que contengan el acopio de datos que se encuentran en los tres breves volúmenes publicados hasta hoy de aquel libro. La inmensa y detenida lectura que supone la preparación de cada uno de sus párrafos; tomando nota de cada hecho, reservándola para usarla a su tiempo en su debido lugar. Luego la clasificación de los hechos con rígida y comprensiva disciplina; sin dejarse de tiranizar por la cronología, aunque prestándole digno acatamiento; la presentación de la sustancia de los acontecimientos; pero sin perder detalles que la complementen y den vida y color a la narración y el trazo de la vida política, militar, económica, religiosa, de familia, de cultura de nuestra sociedad, en cuadros sintéticos es cosa que sólo ha podido lograrse con estricto método y laboriosidad incansable. Pero no es eso todo sino que como complemento y garantía de la obra, tiene su objetividad, su afán de imparcialidad que hace al autor preferir la cita de autores contrarios a su modo de pensar antes que a los de su propio credo.

Al tratar de las diversas clases sociales de México durante el gobierno español, no oculta sus divergencias y oposición de intereses con los serios problemas que implicaban para lo porvenir pero nos dice:

"A pesar de las diferencias superficiales, a veces muy notorias en el color de la piel; el idioma, la Religión, la Patria *común* y la educación idéntica, fueron creando al Mexicano. Una misma manera de pensar, lo mismo conjunto de sentimientos, una misma tendencia en las aspiraciones revelan la síntesis social lograda en tres siglos, entre criollos, indios asimilados y mestizos".

Y esto que dice del Mexicano puede decirse de cada uno de los que forman las diversas naciones Hispanoamericanas, incluyendo al Brasil, porque con el nombre de Hispania se abarcó desde los tiempos romanos a todos los pueblos de la Península.

En la Historia de México independiente, el autor nos presenta a lo vivo los momentos álgidos en que el mexicano ha alcanzado los límites de la tragedia y expresado lo que lleva en el fondo de su alma.

La tragedia inicial es la del primer imperio.

Los escritores de todos los matices están de acuerdo en reconocer que Iturbide era inmensamente popular.

Porque el mexicano sentía traducidos sus sentimientos, como en emblema nacional, en las tres garantías: Religión, Unión, Independencia. Eran la expresión más feliz de la Hispanoamericanidad.

Iturbide no buscó el apoyo de nuestros vecinos; su obra era exclusivamente mexicana y exaltaba lo mexicano.

Un grupo pequeño de hombres, oscuros casi todos, pero bien organizados en sociedades secretas de origen anglosajón y dirigiendo a un congreso que no reflejaba el sentimiento popular, primeramente le hizo imposible gobernar, y acabó poniéndolo fuera de la ley y legalizando su muerte.

La tragedia conmovió el corazón de los mexicanos; pero fue peón aún la confusión que produjo en su espíritu.

No quiero hablar de la tragedia del 47 porque no acabaría de apuntar siquiera sus sugerencias. Viene luego la del segundo imperio. Maximiliano fue llamado por el partido de aquellos que por el idioma, la Religión y la educación común anhelaban la conservación de la cultura hispanoamericana, Maximiliano, príncipe de una dinastía de abolengo católica, al internarse en el País era recibido con entusiasmo inaudito por los pueblos; pero no sabían que éste había sido ganado en Europa por los enemigos de esa cultura, a tal grado que no se dió él mismo cuenta de que sus doctrinas destruían el cimiento de su trono; el pueblo esperó que la verdad se le impusiera. Y se le impuso al fin; pero tarde. La tragedia llegó a su desenlace y México tuvo que ser república, de estilo anglosajón. La más inconciliable antinomia.

Y sobriamente nos refiere Bravo Ugarte otra tragedia, la que comenzó en 1914: el bombardeo de los rayos destructores de la Hispanoamericanidad cuya más expresiva fórmula se encuentra en aquella frase del enviado confidencial del presidente de los Estados Unidos Mr. Lind que: "Cuanto más sacerdotes fuesen muertos, tanto más complacido estaría el presidente Wilson".

México no había conocido la gran tiranía, jamás había ocupado el gobierno un Rosas o un doctor Francia. De Santa-Anna, tenido entre nosotros como el modelo del tirano, no se pudo decir que mandara asesinar a nadie. A partir de

aquella época México conoció los horrores de la gran tiranía; la vida humana no contó para nada; la propiedad, la vida, la religión fueron el blanco de sus rayos.

¿Con qué resultado? Un escritor nicaragüense nos da la contestación en las siguientes frases:

"Creí... que la Cruzada de España... nos daba el ejemplo... reaccionar contra la Revolución según la índole de cada país.

"Pero encontré que... la operación del levantamiento español, no sólo como acción de guerra, sino como pensamiento y pasión, tenía y tiene una fuerza oculta, profundísima y grave que podemos llamar "antimoderna", porque busca cada vez más la esencia secular de España para desembocar, no en la concepción fascista de Europa, sino en algo muy superior, en la concepción católica de la historia universal. Y descubrí con sorpresa que esa fuerza había surgido, en gran parte a la hora tremenda y original de la espada, por la virtud ejemplar de México, de México! México fue una de las influencias más directas, un ejemplo inmediato, al contagio puro en aquella hora ibérica de exaltación redentora.

"Lo sé. Lo ví. Lo oí. México quijotescaamente cristiano, fracasado, burlado en su esfuerzo grandioso, repercutía, sin embargo en España, animaba la empresa, nutria su heroísmo... salvaba a España cuando no había podido salvar a México. Y esto significaba en el pizarrón de la cristiandad moderna, cifra de sangre, letra, verbo de resurrección para el mundo occidental agobiado de sombras!

"Los belgas me daban un eco más de esa desconocida potencialidad espiritual de México. Todos eran católicos y vibraban..., al recuerdo distante, lejano, del sacrificio mexicano... si mañana, como parece bien probable, el mundo sacude el edificio revolucionario, y después de la Muerte, la sangre y el horror se encamina a la "Tierra Prometida" de la espiritualidad cristiana... será México el país, el, pueblo donde comenzó .a, manar después de larga sequía materialista, el agua cristiana de la nueva corriente de la Historia.

"Cuando mi mente se vio rodeada de estas realidades y de estos pensamientos, cuando a mi alrededor el mismo Generalísimo Franco respiraba admiración por México y los soldados y los héroes y una madre me dijo "Mi hijo murió exclamando: ¡Viva Cristo Rey! como los mártires mexicanos", comencé a sentir una misteriosa emoción, un interés indescriptible por esa reserva oculta que los hispanoamericanos poseemos y que México posee más que nosotros y para nosotros".

El pueblo mexicano ha estado, pues, a la altura de su destino, ha exaltado su identidad hispanoamericana hasta el heroísmo con su idioma, su religión y su patriotismo, y ha sostenido el estandarte de la raza con honor.

Y sin embargo, en ocasiones México parece haber renegado de toda tradición, haberse lanzado con temeridad en la aventura de todo lo nuevo, ser el imitador servil y entusiasta de todo lo anglosajón, el apoyo y propagador de toda idea que se origina en Washington.

¿A qué se debe esta paradoja?

La lectura de esos episodios de nuestra vida nacional en la obra de Bravo ligarte nos sugiere la contestación: Hay en realidad dos Méxicos perfectamente distintos, separados y a veces antagónicos: el México oficial y el México popular. Dualidad creada por una labor que procuraré explicar valiéndome de una figura.

La ciencia nos dice que las capas de la estratosfera terrestre se ven perpetuamente bombardeadas, y destruidas sus moléculas por los rayos ultravioletas del sol; pero que su acción destructora se ve contrapesada por el calor creador y sostenedor de la vida en nuestro globo. Así en el orden social mexicano; la molécula social de menos peso; la que no trabaja, la que no produce, la que no sabe nada a fondo, la que no tiene arraigos y flota en la superficie de nuestra atmósfera social, es naturalmente la más afectada por el bombardeo de los rayos que emite un cuerpo extraño a México y destructores de todo lo que es México. Esas moléculas substraídas a la acción de la gravedad de nuestra tierra y por lo mismo dotadas de mayor movilidad que las otras, se hacen sentir por todas partes, como elementos perturbadores de las demás, e irradiando la fuerza que el cuerpo extraño les ha comunicado, sin fuerza creadora, que equilibre, hacen toda labor difícil y estéril y producen fuerzas de repulsión, elementos extraños que tienen al mundo social en perpetua inquietud y en una labor interminable de reconstruir la sana actividad de, nuestro pueblo, dentro de nuestra tradición Hispanoamericana.

Entre las mil formas de rayos disolventes que bombardean la estratosfera de nuestra hispanoamericanidad, citaré sólo dos por la forma especial con que se polarizan la idea de libertad, para unos, y la idea de que México necesita para el desarrollo de su riqueza el capital extranjero, para otros. La idea de libertad... Pero la libertad es por esencia atributo espiritual; el hombre espiritualmente libre, adaptado al orden social por moción interna que le hace darse a si mismo la ley de convivencia armónica, no necesita decretos para vivir en paz con sus semejantes, y más bien teme la interferencia de los de arriba; en cambio para el hombre no adaptado, para el incapaz de darse y de seguir la ley de convivencia, la libertad decretada lo entusiasma porque el decreto abriga el desenfreno de sus apetitos, es el libertinaje de la estratosfera destructor de la libertad espiritual. Y es altamente sugestivo que sean aquellos que por creencia religiosa niegan la existencia de la libertad humana, los que aparecen en el mundo como campeones de la libertad humana. Si, pero de la libertad de la estratosfera, de la libertad de las constituciones y decretos que aumentan las facultades de los de arriba y destruyen la de los de abajo.

En cuanto a la otra idea de que México necesita para el desarrollo de su riqueza el capital extranjero, a cuya sombra ha crecido nuestro complejo de inferioridad, la historia le da el más solemne mentís. México fue el país más rico de

América y uno de los más ricos del mundo, mientras no existió aquí el capital extranjero, y desde que éste vino los mexicanos hemos visto como se exportan nuestras riquezas en beneficio de los extranjeros y para el empobrecimiento de nuestro pueblo. No, lo que México necesita para el desarrollo de su riqueza no es capital que venga de fuera; sino algo que venga de nosotros mismos: seguridad del título de propiedad, garantía a los mexicanos de que disfrutarán del producto de su trabajo; menos libertad de estratosfera y más libertad espiritual y de convivencia armónica.

Con ideas de esa especie se ha abierto el abismo entre nuestro pueblo y nuestro gobierno.

Así nos explicamos porqué de un pueblo católico resulta un gobierno ateo; de un pueblo cortés y afable nace un funcionario público que trata los ciudadanos con desprecio y altanería; de un pueblo que ve a los Estados Unidos a través de las páginas de la historia, un Gobierno fascinado por los halagos del presente, y nos explicamos que, contrariando el adagio de la ciencia económica, —"pueblo rico hace un rey rico"—, aquí de un pueblo en la miseria, minado por la tuberculosis, con el récord mundial de la mortalidad infantil por la desnutrición, sale el funcionario que luce sus millones en el país y en el extranjero.

Pero aún hay un signo más chocante de esa separación y antagonismo entre pueblo y gobierno:

Signo de la mayor divergencia, de la mayor oposición irreconciliable de caracteres es la discriminación que los angloamericanos hacen con a de los mexicanos; único país del mundo, los Estados Unidos, en que mexicano sea tratado con desprecio. Y será inútil que las conveniencias políticas hagan que se den allá decretos contra tal discriminación; su efecto será contraproducente. Los sentimientos no nacen en las oficinas de gobierno. Hace pocos días la Prensa Asociada comunicaba que un grupo de trabajadores angloamericanos abandonó en masa el trabajo en una empresa porque ésta contrató trabajadores mexicanos. "Este paro no es una huelga", dijo el jefe de aquel movimiento, "sino únicamente que los trabajadores se rehúsan a trabajar junto con personas con las que no pueden convivir".

Pero esta discriminación, prueba evidente de separación abismal entre dos pueblos, existe entre el mundo oficial mexicano y el pueblo mexicano. Mientras que a los angloamericanos se les paga en efectivo la Indemnización por las tierras de que han sido despojados por la cuestión agraria u otro motivo, a los mexicanos no se les paga absolutamente nada; no sólo sino que ministro de Hacienda ha habido que como timbre de honor de su política declare, que a pesar del texto constitucional, a los mexicanos no se les pagarán sus tierras.

Y así ha seguido esa separación desgraciadísima para la patria, y como el pueblo, aferrado con tenacidad española y con tenacidad india al catolicismo, parece hacer en él un reducto inexpugnable en la defensa de la raza, allí se le ataca ahora con los grandes recursos pecuniarios del protestantismo angloamericano y

aprovechando la indiferencia, ya que no la simpatía de nuestro gobierno para la propaganda. No porque se quiera una labor propiamente religiosa, puesto que para el protestante el catolicismo es una fe en que el hombre puede salvarse; no; las misiones protestantes proceden todas y únicamente de los E.U.; son armas de invasión, lo que se quiere es introducir la división entre los mexicanos, en aquello de gran valor espiritual en que aun se conservan unidos, en lo que sus enemigos comprenden que está la fuerza mayor de la Hispanoamericanidad, cuyo estandarte quieren que al fin caiga de las manos de nuestro pueblo y que se envilezca abandonando el puesto de honor que le ha dado su glorioso destino.

He allí las verdades que nos revela la historia, preguntándolas a plena luz para que todo el que tenga ojos vea, y todo el que tenga patriotismo y no haya renegado de su raza Hispanoamericana, tome su puesto y asuma la actitud que dicta la lealtad para los suyos, y para sus principios.

Pero la historia no solamente presenta el cuadro de nuestra vida nacional sino que nos da el origen y la causa de esa separación desgraciadísima.

En opinión de un plenipotenciario angloamericano, decir que México es una república es cometer un solecismo; que México es una democracia también es un solecismo; y es una gran verdad, nosotros historiadores no debemos espantarnos, por ella; no "estamos en un mitin político; creemos al contrario, que la verdad nos hará libres. México no es ni república ni democracia; ni lo será mientras se le quiera hacer república y democracia de tipo angloamericano para satisfacción y beneficio de los Estados Unidos, pero ha sido, puede y debe ser y anhela ser una república y una democracia de verdad, de tipo hispanoamericano.

La democracia de voto universal por circunscripciones geográficas es la conversión del pueblo en borrego de Panurgo para ser manejado en el mejor de los casos por la propaganda, a quien pague más por ella. El saber leer no imparte conocimiento sobre la solución de los mil problemas del gobierno; pero si prepara al individuo para ser manejado por la propaganda. De esa manera un pequeño grupo se apodera del gobierno, dejándole al pueblo, cuando es iluso, la ilusión de que es él quien manda. En un sistema así tiene perfecta aplicación la idea de Ganivet de que son elementos indispensables del gobierno los cómicos y los músicos para conducir las masas con la declamación y el ritmo.

Seguramente es labor benemérita enseñar a leer, y más cuando entre nosotros el Primer Magistrado anhela el acercamiento del pueblo y el gobierno. Saber leer permitirá a cada uno perfeccionarse en su actividad.

La democracia tradicional española, está basada en la división del trabajo por aptitudes; para ella el labrador del campo, aunque no sepa leer, sabe más de labrar los campos que el magistrado del alto tribunal, y tiene derecho de ser oído y de votar en asuntos de la labor del campo, pero no en lo que se refiere a la carpintería o a la marina o a las universidades, sino en lo que atañe a su negocio. Y así como el magistrado haría un pésimo papel detrás del arado, así el ganadero lo haría detestable legislando sobre diplomacia. Cada cual debe y tiene derecho de

servir a la república en lo que sabe y en lo que le interesa y de esta manera, atreviéndose a la realidad, se forma el gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo. Y por eso la costumbre, que es la manera más cierta de expresarse de la voluntad popular, fue entre nosotros antes de que tuviéramos democracia de tipo anglosajón, fuente de derecho, aún por encima, de la ley escrita. Y de esa manera surgen y atraen el reconocimiento los verdaderos valores humanos, los que trabajan de verdad para el bien propio y el de los otros. Y de esa manera cada quien se siente amparado por su gobierno y coopera con él, y el interés de cada uno se identifica con la cosa pública: Es la República, mientras más se ilustren todos más ilustre será ella.

Esa es la tradicional república democrática española desde los tiempos visigodos, pese a lo que la ignorancia y la mala fe de los enemigos de Hispanoamérica han propalado por siglos, y pese a lo que nuestros maestros han enseñando en nuestras escuelas.

No se me oculta que uno de los métodos actualmente en uso para coartar la expresión del pensamiento por aquellos que pretenden pugnar por la libertad de su expresión, es aplicar a las ideas que les son adversas epítetos terroríficos, y no me sorprendería se dijera que lo por mi expuesto es nazismo o fascismo. Yo no sé en realidad en qué consistan estos sistemas, como estoy seguro de que tampoco lo sabe la inmensa mayoría de los que usan esas palabras, y en realidad ni me interesa saberlo; pero si sé que el sistema que brevemente he expuesto es el tradicional hispanoamericano, que lo defiende no sólo porque es el de nuestra raza desde remotísima antigüedad, porque es cosa propia y no imitada de nadie sino también porque esa democracia de verdad y porque bajo él México vivió próspero y en paz por siglos, y porque cuando fue suplantado por serviles imitaciones México ha vivido pobre, intranquilo y desorientado.

Hay pueblos que necesitan alterar su historia para consolidar su nacionalidad y formar el orgullo patriótico de sus ciudadanos, y será siempre una gloria de España el hecho de que lo único que ella pide y lo único que necesita es que se despoje su historia de las falsedades con la que se la asfixia.

Los pueblos de Hispanoamérica reconociéndola, volverán a ser que fueron: una república democrática real y verdadera.

¿Cuál es la contestación a la tercera pregunta?

Nadie sabe si esta guerra traerá al fin algunos bienes. Inglaterra con cruda franqueza nos ha dicho que en ella ha perdido su herencia cultural. ¿Qué se les espera a los pueblos, militarmente débiles al surgir el supergobierno de potencias enormes y por lo mismo irresponsables? Nosotros vemos con temor el futuro. México ha puesto en esta guerra las grandes potencias enorme caudal de vidas y sufrimientos; pero tiene gloria, aún que no son pocos sus hijos que mueren en el campo de batalla pero sirviendo en cuerpos sobre los que no ondea la bandera nacional: y además hemos

mandado fuera artículos de primera necesidad y trabajadores de todas clases; por una y por otra causa el costo de la vida ha subido por encima de las posibilidades de nuestro pueblo y en lugar de la balas cuales se cruzan en los frentes de batalla, la tuberculosis, el raquitismo y la mortalidad infantil dan un contingente de vidas y de miseria seguramente superior en proporción al de los países que obtendrá el honor y los beneficios materiales de la victoria. Unos de ellos pedirán extensiones territoriales; otros indemnizaciones pecuniarias, o esferas de influencia o ventajas para su comercio, o ser los jefes del supergobierno.

México, ha entrado a esta guerra por solidaridad con los Estados Unidos. Es necesario hacer constar esto para ocupar el lugar digno que nos corresponde a la hora de la paz. Los E. U. no nos ayudan a nosotros ; nosotros ayudamos a los E. U. por efecto de la *Política del buen vecino*; ni ambicionamos extensión territorial, ni indemnizaciones pecuniarias, ni zonas de influencia ni privilegios mercantiles; pero México debe reclamar se le deje su integridad espiritual hispanoamericana, que los Estados Unidos retiren a sus pastores protestantes que aspiran a dividirnos y a hacernos renegar de lo nuestro: que se nos deje libre trato con los pueblos de cultura europea, sin trabas monroístas ni de buen vecino; que los Estados Unidos sin atender sólo a su propia conveniencia ni exigir ventajas indebidas, reconozcan a los gobiernos que se dé nuestro pueblo: que impartan su protección diplomática sólo para la garantía de su legítimo comercio y no para buscar privilegios para los que hacen fortuna en nuestros países, y que nos dejen constituirnos en una república democrática de verdad y de nuestro estilo.

Pero no nos hagamos ilusiones; ni aún esos beneficios obtendremos; lejos de eso el capital extranjero vendrá con mayor abundancia y será ese uno de nuestros mayores peligros.

Washington en su célebre mensaje de despedida, dejó consignada esta verdad que debería escribirse con letras de oro en las puertas de nuestras secretarías de relaciones: "No puede darse mayor error que esperar favores reales y verdaderos de una nación a otra; esto es un engaño que la experiencia hará desaparecer y que un justo orgullo debe desechar".

Hispanoamérica debe salvarse ella sola; por sus fuerzas internas, sin caer en engaños, cultivando lo propio, estimando lo propio; para ello no necesita más que buscar la verdad de su tradición; verdad y luz, luz a raudales; ella nos hará orgullosos de nuestra raza, nos aclarará nuestro destino y nos dará fuerzas para cumplirlo.

En esa labor corresponde lugar honroso a nuestra Academia. Esta institución de hombres pacíficos, modestos, trabajadores silenciosos, tiene la alta misión de ayudar a sostener el estandarte de Hispanoamérica en su puesto de honor, a pesar de todo, y para salir airosa de su patriótica empresa cuenta hoy con un nuevo campeón que sale al frente, a la lírica de fuego, dotando a nuestras escuelas

superiores con un libro de texto, con el arma que, tengamos fe, dará a México la victoria porque es el arma espiritual de la Verdad.